

EDITORIAL

Todos los análisis acerca del desarrollo económico y social de las naciones, en un mundo de creciente globalización, demuestran inequívocamente que la investigación en ciencias básicas, aplicadas y humanas más la innovación tecnológica (I+D), son las bases que sostienen la competitividad y sostenibilidad de una nación, en el mercado mundial.

Hoy, es impensable separar el desarrollo de los pueblos, de la capacidad que tenga su sistema de Educación Superior para generar conocimientos y cultivar modos de comprensión del entorno con el concurso de la investigación, en sus distintas modalidades, dimensiones y niveles.

Estudios realizados por expertos internacionales demuestran que el 73% de las patentes industriales de los E.E.U.U. provienen de instituciones académicas y centros de investigación; que Singapur, con una agresiva política de educación científico – tecnológica, se transformó, en escasos treinta años, en un país altamente desarrollado y que la China cuenta hoy con, por lo menos, un millón de científicos e ingenieros comprometidos con la investigación y el desarrollo (I+D).

Estos, y otros países, han hecho uso intensivo del conocimiento, y han generado masas críticas en diversos campos de la investigación con el fin de responder a los desafíos de la nueva sociedad civil “abierta y transnacional” que reclama cambios en la concepción y en el mercado de trabajo; sustitución de las organizaciones tradicionales por organizaciones que aprenden, (learning societies) de visión prospectiva y plasticidad suficiente para formar equipos que activen las potencialidades creativas de directivos y trabajadores, habilitándolos para el desempeño de distintas tareas, para la toma de decisiones sobre problemas complejos y para la formulación de políticas adaptadas a los rápidos y frecuentes cambios del entorno.

En la actualidad, las empresas más exitosas son las que invierten en la formación de su recurso humano, porque todo conocimiento adquirido por sus miembros, engendra nuevos conocimientos, lo que contribuye a aumentar el acervo tecnológico y cultural de la misma.

En América Latina en general, y en Colombia en particular, la inversión en C & T y en I+D, ha sido relativamente modesta, hecho que ha originado que, “actualmente la producción científica de Taiwan sea mayor que la de Brasil, la de Corea del Sur, mayor que la de Argentina y México, la de Hong – Kong y Singapur, superior a las de Chile, Venezuela y Colombia” (Informe B I D, Cerrando la Brecha, 1997); como señala el mismo informe “para que estos bajos niveles de inversión no repercutan negativamente sobre el futuro de la región, los gobiernos y los sistemas de Educación Superior deben realizar un gran esfuerzo para elevar la inversión en recursos y la eficacia con que los mismos se utilizan”.

En ese esfuerzo deben comprometerse todas las instituciones de Educación Superior, en concordancia con su misión, sus fortalezas y sus fines. Todas y cada una deben crear espacios que permitan revisar la lógica, los métodos, los contenidos y estilos de enseñanza de modo que se sustituya realmente la “pedagogía instrumental e informativa” por una pedagogía del descubrimiento y la innovación, que,

PROMUEVA:

La reconversión intelectual de docentes e investigadores, entendida como: 1) la familiarización con el uso de nuevas tecnologías (superación del analfabetismo tecnológico); 2) formación avanzada en su disciplina y/o en disciplinas afines o complementarias; 3) competencia en el manejo de una segunda lengua; 4) competencia de gestión (crear, diseñar y planificar proyectos); 5) competencia ética, (solidaridad, trabajo de equipo, negociación, tolerancia); 6) competencia discursiva: construcción de nuevos significados y divulgación del saber para la comunidad, y cambio del lenguaje factual y taxativo (Qué ocurrió? Qué és?) por un lenguaje fabulador y contrafáctico: Qué ocurriría? Qué hubiera sido? Cómo podríamos..., más próximo al quehacer de artistas y científicos.

Y CONTRIBUYA A LA FORMACIÓN DE:

Jóvenes talentos para la investigación, con inteligencia “exploratoria”, capacidad argumentativa, uso constructivo de la razón crítica, confianza, decisión y perseverancia para lograr sus objetivos y, por sobre todo, compromiso con la búsqueda de la equidad social y el mejoramiento de la calidad de vida de sus conciudadanos.

Líderes empresariales, visionarios y capaces de valorar y usar las ventajas y beneficios que brinda el conocimiento científico y la innovación tecnológica para convertir sus organizaciones en laboratorios de aprendizaje en los que el saber por qué (know why), sea el factor que oriente tanto la producción, como la transferencia, aplicación y reconversión de tecnología para el desarrollo endógeno.

Profesionales pluricompetentes, sin la “visión de túnel” de los especialistas, cuya formación exclusivamente técnica, limita su talento, rutiniza sus tareas e impide su autorealización.

El profesional contemporáneo debe ser un sujeto altamente calificado, bien informado, de espíritu investigativo y curiosidad intelectual, que, incorporando a su formación conocimientos proporcionados por otras ciencias y saberes, descubra modos alternativos de comprensión y solución de los problemas. No al best one way. Debe poseer la autonomía y movilidad suficientes para desplazarse por distintos esquemas organizacionales con solvencia y eficacia operativa.

De los bosquejos anteriores podemos concluir que, a pesar de los diferentes intereses que motivan el pensamiento y la acción de científicos, ingenieros, empresarios, docentes y profesionales hay rasgos comunes y complementarios que favorecen la emergencia de redes de cooperación multicontextuales con capacidad para influir decisivamente en la orientación de las políticas nacionales de desarrollo que determinen el lugar que queremos ocupar en el próximo futuro.

Conviene citar aquí la premonición de Italo Calvino:

“Así... nos asomaremos al próximo milenio, sin esperar encontrarnos nada más que aquello que seamos capaces de llevar...”.

CLEMENCIA BONILLA OLANO

E.A.N.Santa Fe de Bogotá, D.C., Diciembre de 1998